

Zulma Palermo

DE LA COLONIZACIÓN DEL GÉNERO: *LUGAR SOCIAL DEL DECIR*¹

Resumen: En estas páginas propongo, siguiendo a Malcuzyński, efectuar la lectura de una novela argentina escrita en la postdictadura (la que se extendió entre 1976 y 1983) desde la mirada y la discursividad de género con la intención de restituir “al análisis una problemática cognoscitiva en el seno de una economía epistémica de responsabilidad”, la responsabilidad que implica una lectura que se localiza en una ética y una política decolonial de la construcción del sujeto femenino. Con ello se busca colaborar en la descolonización del canon del patriarcado, es decir, desestabilizar las ideas y prácticas de las relaciones instituidas de /superioridad/ vs. /inferioridad/ entre los géneros tanto como la que se verifica entre /dominadores/ y /dominados/ en las relaciones raciales y de clase, también delineados en la novela.

Palabras clave: género, decolonialidad, canon patriarcal, ética

Title: On the Colonization of Gender: the Social Place of Enunciation

Abstract: Within these pages I propose, following Malcuzyński, to read a post-dictatorship Argentinean novel (a period which lasted from 1976 to 1983) from a gendered perspective and gender discourse with the intention of restoring “the cognoscitive problem in the analysis at the heart of responsible epistemic economics”, a responsibility implied in a reading that bases itself in decolonial politics and ethics of the construction of the female subject. The aim with this is to seek collaboration in the decolonisation of the patriarchal canon, that is to say, rock the foundations of the ideas and practices of the embedded relationships of /superiority/ vs. /inferiority/ between genders as much as that shown between /dominators/ and /dominated/ in racial and class relationships, also outlined in the novel.

Key words: gender, decoloniality, patriarchal canon, ethic

¹ Este artículo retoma y amplía la ponencia “De la colonización del género: culpa y poder en un texto contemporáneo” presentada en el Congreso Internacional de Género, Eje temático III, 6: Instituciones, saberes y género, Univ. Nac. de Córdoba (Argentina), octubre de 2006, publicado en CD.

Más que trabajar sobre los problemas eternos de la representación, quisiera proponer [...] una lectura que, fundamentada en la premisa bajtiniana de la heterogeneidad social de la circulación del lenguaje y de la comunicación, restituya al análisis una problemática cognoscitiva en el seno de una economía epistémica de responsabilidad.

Malcuzyński (1996: 27)

Discurrir acerca de la construcción del imaginario que constituye el “ser mujer” implica en nuestros días acudir a una casi infinita gama de postulaciones procedentes de los más diversos territorios de la especulación y de la praxis en los campos del que-hacer político, jurídico, institucional y cultural. Pero todos ellos se formalizan a través de la mediación del lenguaje en tanto forma de interacción y, por lo tanto, de constitución social de las subjetividades.

Una de las formas de esa interacción lingüística que participa más definidamente en tales constructos, es la operada por las retóricas propias de la literatura, en cuya trama juegan sustanciales formaciones sociodiscursivas, las que, revertidas hacia los lectores, convalidan o subversionan las estructuras institucionalizadas por una cultura particular.

En las páginas que siguen propongo, siguiendo a Malcuzyński, efectuar la lectura de una novela argentina escrita en la postdictadura (la que se extendió entre 1976 y 1983) desde la mirada y la discursividad de género con la intención de restituir “al análisis una problemática cognoscitiva en el seno de una economía epistémica de responsabilidad”, la responsabilidad que implica una lectura localizada en una ética y una política decolonial de la construcción del sujeto femenino.

UNA NOVELA EN LAS FRONTERAS²

No creo en las religiones, ni creo en las naciones, pero mirá un huevo y verás el milagro, la fuerza de la vida, el misterio y la gracia que trae cada nacimiento. Si hay un Dios, está en nuestras manos cuando ayudamos a parir, si hay un milagro, fijate, pasa todo el tiempo. Asesinos hubo siempre, pero esto, y se miró las manos... es más fuerte, les gana. (Lisé 2005: 156)

Con estas palabras llega a sus últimos tramos la novela de referencia, *Viene Clareando*³, que en esta oportunidad recorro (cf. Palermo 2005a) para dar cuenta –a través de ella

² Utilizo el lexema “frontera” como sinónimo del neologismo *monitoring* que propone Malcuzyński para evitar su contaminación semántica en español, y en el sentido de zona de cruces y de interacción entre lo social, lo ideológico y lo discursivo (cf. Barei y Boria 2006)

³ *Viene Clareando* es el título de una novela corta que, bajo una firma a medias seudonomizada, Gloria Kulisevski (Gloria Lisé), –radicada en la Ciudad del Salta, al norte de la República Argentina– publicó la Editorial Leviatán. Toma parcialmente el seudónimo que utilizara su padre, Salo Lisé, uno de los primeros directores teatrales de Salta, con el Grupo de Arte Dramático. Sobre este grupo y la trayectoria de su

según proponía— de las formas de mediación discursiva que consolidan las representaciones de la cultura eurocentrada en el imaginario contemporáneo. Busco así colaborar en “la *descolonización del canon del patriarcado*, [para] re-apropiarlo y reescribir las culturas restaurando sus silencios, y las políticas y la lucha por el poder...” (Zavala 1993: 28)⁴; es decir, desestabilizar las ideas y prácticas de las relaciones instituidas de /superioridad/ vs. /inferioridad/ entre los géneros tanto como la que se verifica entre /dominadores/ y /dominados/ en las relaciones raciales y de clase, también delineadas en esta novela.

El análisis del breve fragmento que proponemos para iniciar el recorrido, permite incursionar en ese territorio y advertir los profundos nexos existentes entre un discurso narrativo que se quiere a sí mismo liberador y las vinculaciones que mantiene con los núcleos todavía vigentes de la cultura patriarcal de la que forma parte. En efecto: en aquél se ficcionaliza el discurso de una vieja partera por el que se pone en juego una definida oposición entre fe y agnosticismo, la que se encuentra íntimamente vinculada a otra que es su causa: la que existe entre la vida y la muerte. Las negaciones encabalgadas al comienzo del texto abarcan tanto las creencias religiosas como las políticas, condenadas indefinidamente al territorio de la muerte, en tanto que se abre a la afirmación de la vida a través del rol propiamente femenino de la procreación y la parición: gestar y “dar a luz”⁵. En el orden de la creencia religiosa, no hay otro “milagro” que el que radica en el “huevo”, en la ovulación, y no hay “misterio” mayor que el del nacimiento.

En lo político, por su parte, priva la lucha que lleva consigo la muerte desde la asunción de la guerra como componente de la condición masculina. De allí que, mientras las manos de mujer traen vida —unas manos que, en múltiples secuencias, figurativizan valores similares— las masculinas sean “asesinas”. Pero sobre éstas triunfan las que ayudan a parir, a dar a luz, sinécdoque con la que culmina el recorrido novelesco, ahora asumido por la voz seudoautobiográfica: “¿sabe madre? Ahora que estoy en el aire, *ahora que vuelo como usted quería*, me miro las manos que ya han pasado por muchas cosas y, ¿sabe?, qué parecidas son a las tuyas, Madre (Lisé 2005: 156)⁶.”

La repetición del gesto de la madre, ahora a través de la restauración curadora del recuerdo y de la final comprensión de los propios gestos, resulta ser constituyente de la subjetividad femenina. Laboriosas manos de mujer que reiteran idéntico e inveterado trayecto en el transcurso de los siglos y que, a pesar de que en el tiempo del relato se

director Gloria L. publicó en el año 2003 *Con los pies en el escenario*. El dato de la utilización de parte del seudónimo paterno interesa acá en cuanto orienta hacia una asunción no-consciente del rol de propiedad del “otro” sobre la autorialidad empírica del *yo mujer* que se encuentra legislada en nuestra cultura por la obligatoriedad del uso del apellido paterno, es decir, por la imposición jurídica de la identidad (cf. Dalmaso y Boria 2004, Prólogo).

⁴ Destacado en el texto citado. La analítica del discurso filosófico occidental que realiza Marina Juárez en el “Prólogo” a Dalmaso (2001) orienta también hacia un posicionamiento decolonial, al señalar con precisión la racionalidad masculina de ese sistema de pensamiento. Por su parte, un conjunto importante de estudios efectúa su analítica en el sistema de representaciones de género como aquél que da significado a las subjetividades dentro del tejido social (cf. entre otros Schneider 2000).

⁵ Notemos, al mismo tiempo, la innegable vinculación entre esta noción y la que es propia de la racionalidad “iluminista”.

⁶ Todos los destacados en citas son míos, salvo indicación en contrario.

ficcionalizan algunos momentos de una de las experiencias más luctuosas de la vida argentina contemporánea⁷, no han modificado su estatuto.

Al mismo tiempo, la historia que se narra pone ante los ojos la devastadora fuerza del poder político que socava los soportes morales de la sociedad a través de la mirada sensible de una mujer que, habiéndola padecido, es agente involuntaria de las acciones que padece, atrapada en la trama que le impone la *doxa*.

El discurso implícito de la fuerza patrimonial⁸ ocupa así gran parte de la escena, porque acumula la que deviene de la memoria de larga duración del cuerpo social contra la que parece imposible rebelarse, a pesar del “enojo por todo lo que [nos] ha pasado”, y a pesar también de que existe la decisión de no pedir perdón, de no llevar sobre sí la carga del *pecado original* que dio vida a la propia madre, y que condenó a sus figuras parentales a la expulsión territorial y familiar: “Embarazó a mi madre, que tenía dieciséis años, *violando* todas las confianzas que los hermanos le habían prodigado y se la llevó escapada de la casa” (47). Es interesante acá destacar que la idea de “violación” se desplaza desde la acción sobre el cuerpo femenino a la violencia moral sobre los varones de la familia por su equiparación con la idea de “traición a la confianza” entre sujetos del mismo género –directamente vinculada al sentido medieval de la “honra”⁹– y la diferencia valorativa con el gesto femenino asumido como liberador: “porque había que sufrir por el mal de la familia, la deshonra y la pérdida de la más hermosa de la familia Riera, de la *díscola, incorregible, ingobernable y atrevida* que fue mi madre” (47).

Tal rebeldía materna no alcanza sin embargo para borrar la culpa originaria que condena a las mujeres a un llanto eterno: “me preparo para que [...] me dure, horas, días, meses, siglos, me preparo para llorar toda la vida, porque no creo en los ángeles, ni en la divina providencia, apenas creo en esas calas orgullosas que gozan del agua, y ya no tengo ojos, ni nariz, ni boca de tanto llanto, y oscurece” (43).

Y esto es así porque la culpa bíblica alcanzará dimensión histórica y social cuando la persecución y la muerte afecten a toda una generación y a su tiempo acumulados en un solo llanto, en un mismo gemido (96).

⁷ Los efectos del golpe militar de 1975 en la Provincia de Tucumán en cuyos montes se libraron cruentas batallas entre fuerzas militares y guerrilla entre 1975 y 1976.

⁸ Desde esa perspectiva, la “posición política” entramada en el texto –entendido como productividad social de sentido(s)– se define desentrañando los mecanismos sociodiscursivos mediante los cuales se establece un profundo nexo entre conocimiento y poder. Entiendo que ciertos valores patrimoniales como la imposición de supuestos “universales”, sólo se explican por un doble juego de poder: el de la colonización territorial, que va siempre adecuadamente complementada –cuando no sustentada– por la correlativa colonización epistemológica, en la que participa la subsidiaridad del género como una parte sustancial del legado de Occidente, asumido como propio en todos los órdenes coloniales, neocoloniales y aún postcoloniales (cf. Palermo 2005b).

⁹ Tema, por otra parte, ampliamente incorporado a las producciones literarias (*Crónica de una muerte anunciada* de G. García Márquez) cuya huella intertextual, por otra parte, es legible en esta novela.

TRIPLE DIMENSIÓN DE LA RESPONSABILIDAD ÉTICA

Es ese cuerpo, cuerpo sexuado de mujer y metonímicamente cuerpo social, el que permanece atrapado en las tram(p)as de la hegemonía definida por la cultura, tram(p)as que van tomando forma en el discurso, casi subrepticamente, en todos los momentos en los que la voz autorial refiere a la relación amorosa –de amada a amante– en el recuerdo de la pasión agostada tempranamente por la violencia de la muerte. El amante fue asesinado y el cuerpo de la amada se ha quedado solo y vacío: “Sandoval se había ido de Tucumán, de los ideales de justicia social, de los sentimientos de Berta, *de sus abrazos, de su cuerpo* sentado en esa misma vereda escuchándolo hablar a las multitudes, desde ese mismo balcón” (13)¹⁰.

Se había ido de ella y ya “nunca más podría ser nada con nadie”, porque ya no habría para quien “soltar(se) el pelo y sacudir(lo) a los costados para parecer más grande” y para que él le dijera simplemente “¡Nena!” (38). De este modo, repite el abandono paterno del que se había sentido reivindicada por la acción amante (protectora) de este otro varón.

Por lo tanto, es sólo por la relación amorosa con el otro masculino que el *yo* de la condición femenina puede encontrar su plenitud, tal como lo valida el discurso social emergente en la voz de una anciana: “Para que lllore así, es por un hombre” (43), que el mismo personaje se encarga de alimentar. Es ese imaginario el que posibilita que se instaure el principio “de la culpa más intensa, más vergonzosa, por no haber sido solo una chica de fotonovela [...] por haber creído y haber amado *sin reservas* al hombre que se entregaba *sin reserva* alguna a esa ilusión” (92). Donde la redundancia léxica funciona para señalar la diferencia en la direccionalidad del compromiso: de la mujer hacia varón, del varón con la causa.

El discurso novelesco, entramándose en la historia narrada, va generando, en forma simultánea, el des-velamiento de la representación social consuetudinaria. Para ello el texto entrama las distintas formas de construcción del imaginario al asumir que “lo real” se constituye para las mujeres a través de tres versiones, según la manera de percibir el mundo de quienes las construyen y que definen la localización de los respectivos narradores: la “fotonovela” –masificación de la novela rosa– que se conforma desde la mistificación de los acontecimientos por la “tía Avelina”, “una autoridad en esa literatura, de indefectibles finales felices, en que lo malo no se veía más que como «no hay mal que por bien no venga», y así se acomodaba el alma a lo que faltaba, a lo que no se había tenido nunca, o a lo que se había perdido para siempre” (90)¹¹.

Versión paralela a la “verdadera”, la narrada por una voz que, a pesar de ser consciente de su diferencia con aquella, convalida una forma otra de sujeción, la que deviene de la entrega amorosa. Esa mirada que transforma el infierno cotidiano de la que sólo puede seguir llorando su dolor de amante verdadera.

¹⁰ Así también se había marchado el padre “que no había tenido sueños para mí” (Lisé 2005: 29), dando imagen a la primera concreción masculina del despojo y del abandono.

¹¹ Sobre las diferentes versiones de la misma historia dentro de la construcción novelesca cf. Palermo 2005a.

El relato de la construcción de ese imaginario sostenido en el paradigma de la novela rosa es posible porque forma parte de otra versión mayor, la de “la gran novela familiar”, la de las falsificaciones y los disimulos, la de las apariencias y la preservación de las virtudes, la de las mujeres recatadas “cuya castidad no se discute ni es motivo de la mínima sospecha”.

Es éste uno de los desarrollos más acabados del entramado socio-discursivo que los contiene a todos puesto que pone en texto el proceso por el cual las mujeres se han venido imaginando a sí mismas, dando curso a una re-presentación del rol femenino localizado en el único lugar de la afectividad y de la sujeción al mandato patriarcal; según éste, la función heroica –para ser tal– no sólo debe ser masculina sino estar complementada por figuras femeninas que lo sostienen y lo alimentan: Berta se compromete en las luchas por la liberación nacional insensible, inconscientemente, sujeta por su amor al líder gremial.

La tercera versión es el relato del tránsito desde ese estado social del género al de la asunción de su autonomía –según se verá más adelante–, por el recorrido de un doble camino: el del exilio físico y el del abandono de la “vieja peladura” identitaria, al aceptar “que nunca más volvería a la Argentina ni a mi vida. Se hacía entonces un espacio que daba miedo, un espacio por el que yo, que tenía un cuerpo que crecía, indefectiblemente debía transitar” (64).

Para lograr esa transformación el “yo” requiere distanciarse del rol mistificado según el que para la afectividad femenina no hay ruptura entre el plano de la responsabilidad política y el de la asunción de la relación amorosa; la amante que ama al hombre, ama/odia al mismo tiempo la pasión política de ese hombre: esto implica que la asunción de la lucha no es para ella otra cosa que la respuesta de su entrega en cuerpo y vida al amado y no a una causa. Lo importante se concentra en que “como nadie, él sabía que ella era toda una mujer”, en tanto cuerpo sexuado, más allá de que fuera incoherente en sus principios, en su definición política, en su ideología (14). Por eso el sujeto femenino no puede aceptar la traición que la muerte del amado le infiere, el despojo sobre su cuerpo que esa desaparición produce, y rechaza agresivamente la entrega del amado a otro cuerpo, el cuerpo social en su posición de resistencia: “Me cago en la historia que lo parió” (14), murmura ante sus despojos. Relativismo de la responsabilidad política y sumisión en la entrega amorosa que, según venimos señalando, no había comprendido del todo: “Mi novio era como esos compañeros [llenos de buenas intenciones preparándose para el cambio que vendrá], y a veces discutíamos porque yo no comprendía [...] y falleció antes de que pudiéramos ponernos de acuerdo sobre *todas esas cosas tan importantes para él*” (28).

Existe una excepción cuya presencia en el texto en una única secuencia que refuerza el funcionamiento discursivo antes señalado, pero cuya acción no se asimila totalmente a la masculina; es la de la militante operando en las comunidades rurales con función comunitaria y docente: “vos y tus artesanos, vos y tus gentes de los valles y tus mujeres tejedoras, alfareras, vos hablándoles de sus derechos, convenciéndolos de lo que son capaces, quitándoles el miedo, *enseñando desde el arte*” (103)¹².

¹² En esas instancias la voz autorial enuncia: “Entiendo cuando te indignabas conmigo y me decías por lo bajo... «pequebú» porque quería recibirme y no me atreví ni siquiera a plantearme la posibilidad de dejar a mi Vieja con los chicos para hacer el cambio, la revolución” (Lisé 2005: 102).

Es decir, un rol que sigue conservando el rasgo de la mujer tejedora de vida, el rol central de la maternidad: "...extraño las noches en que te quedabas conmigo, tejiendo porque llegaría tu bebé [...] cada uno de tus partos, extraño haberte ayudado a elegir el nombre de tus hijos" (102).

Hay otra forma de vínculo, el atávico, metaforizado en la figura emblemática materializada del "anillo" en tanto representación de lazo indisoluble, en este caso con la herencia patrimonial tanto como del amoroso, definiendo para el rol femenino la transmisión de la memoria colectiva dentro de esa localización:

Ahora usted tiene manos de anciana, como las de su propio padre [...]. Ahora tiene usted manos de anciana y lleva ese anillo que era de mi abuelo, el que se ha puesto como se lo puso su propia madre cuando murió el esposo, el que se puso usted cuando enterró a su madre [...] y me enoja por todo lo que le ha pasado y me ha pasado, y le prometo, Madre, que voy a vivir para ponérmelo. (20)

De este modo, la voz narradora asume este lugar social de enunciación por el que, en gran medida, se anula la posibilidad de tener historia propia, vida propia, sino aquella que le tejen los otros, inclusive el hombre por el que se renuncia a los propios proyectos sostenidos desde el mandato materno: "Y yo soy los otros. Y estoy hecha de otros odios y de otras vergüenzas y de otras pasiones que no son las mías, pero *soy así...*" (29).

Este no ser del "soy así", esta no presencia o invisibilización del propio cuerpo, a veces alcanza su representación a través de la clausura de la voz: "las escuchó hablar con voz más grave de la que habitualmente usaban, cuando funcionaban las mujeres en el mundo de los otros, como tantas, alentando a los hombres a vivir, a comer, a cantar, a creer en algo" (73). Otras por el auto-ocultamiento:

ellas no prendían la luz porque disfrutaban de esa tenue oscuridad [...], sin [...] encender las luces de la sala, porque al hacerlo, se encendería otra vez el carro de todas las obligaciones y de los quehaceres al servicio de los demás, de todos los demás que ellas sostenían con sus pechos breves, sin que ellas, ni sus otros, verdaderamente lo supieran. (74)

La diferencia, la distancia entre estas autoconstrucciones de la subjetividad y la que dibuja la mirada sobre ella que atraviesa todo el texto, radica en la asunción de un lugar de enunciación distinto: quien da cuenta de todas las interpretaciones de la historia narrada se posiciona discursivamente en una dimensión analítica y crítica disimulada detrás del formato ficcional y de la retórica propia de la literatura. Asume, así, una posición decolonial en tanto se enuncia una alteridad que factibiliza la constitución de un "yo también soy" que emerge por oposición a ese otro de la dominancia (cf. Barei y Boria 2006).

RUPTURA CON LA “CONDICIÓN PATRIARCAL”

Creo haber hecho visible hasta aquí el triple funcionamiento semántico de la noción de responsabilidad en la discursivización de género: en primer lugar, el valor intensamente patémico de la función amorosa que subsume al segundo orden, el político. El tercero, vinculado a la preservación de la memoria social, a su vez entra en contradicción con el proyecto liberador del género que atraviesa todo el texto.

Si bien las mujeres –según se vio más arriba– deben callar y ocultarse, desaparecer en las sombras y a la sombra de la acción masculina, tejen simultánea y permanentemente un proyecto transgeneracional, el de dar realidad al “sueño de ella y de su madre y de todas las tías y hasta de las bisabuelas”; “no depender [...] de un hombre ni de nadie [...]; que era posible vencer todas las desgracias, la muerte del padre, la falta de [...] fortuna y de familia influyente, a fuerza de voluntad y de estudio” (Lisé 2005: 81).

A cada paso, la ficción literaria va señalando, persistentemente, el largo proceso de germinación y de des-prendimiento¹³ de una imagen de sí, de ese *yo* que narra la peripecia de su constitución, hasta el cumplimiento del mandato liberador. Es cuando se puede hablar de las cosas que han pasado, esas que hacen a la experiencia de un género que debió inventar

todas esas fantasías [...] para poder pasar por este mundo, y vivir donde se vive, y tener la casa que se tiene, y sobrellevar la enfermedad que se porta y la vejez de los viejos que se aman y de los que no pero que igual hay que aguantar, y los jefes, y los trabajos y las cuentas que pagar, y el amor que no termina de ser como en las novelas, pero igual es amor, y es el que se puede, como los muebles y los hijos y las nueras, y las casas sin hijos y sin nueras y con perros y con gatos, o con lo que alcance, aunque sea una tortuga, con rosas o con calas, o con alguna margarita que alguien alguna vez en el jardín de la vida nos plantó. (73)

Se trata de un proceso de muy larga duración figurativizado en la biografía ficticia que se narra. El lugar físico en el que la fugitiva se refugia de la persecución y de la muerte –la casa de los ancestros maternos– metafórica el espacio del encierro, del enclaustramiento, de la negación; en síntesis el lugar del duelo y del castigo. Se trata, entonces, del “territorio” de lo femenino que requirió de muchas rupturas en el tiempo, de la “sanación” de la memoria, de la aceptación del propio cuerpo, libre ya de las ataduras impuestas por todos los “compromisos” que la cultura le vino adjudicando:

sintió que era el momento de salir de esa sala, que *el cuerpo la obligaba a vivir*, aunque la muerte la siguiera de cerca, desde su costado derecho hasta donde abarca la mirada... [...] El cuerpo se le impuso y sintió que sentía, que *sentía el cuerpo, que ya se le*

¹³ La noción de des-prendimiento acá utilizada proviene del campo de los estudios sobre modernidad/colonialidad/decolonialidad (cf. Mignolo 2003).

había vaciado de odios y terrores y que ahora quedaban lo suficientemente lejos como para darse el lujo de llevarlo puesto y por eso solo sobrevivir. (55)

Es el tiempo en el que se deja de llorar para actuar, para emprender un camino distinto, para alcanzar otra forma, ahora positiva, de destierro del lugar del género tal como fue constituido por la matriz patriarcal hacia ese lugar “otro” de la individuación¹⁴. La culminación de la historia personal que da lugar a la novela metaforiza la del género en el momento en que se puede “escribir una historia diferente a la de todas estas mujeres que se quedaron en la casa y cuidaron de las minucias de esta sala” (56), cuando se puede *levantar el vuelo*.

A cada paso, la ficción literaria va señalando, persistentemente, el largo proceso de germinación y de desprendimiento de una imagen de sí, de ese *yo* que narra la peripécia de su constitución, hasta el cumplimiento del mandato materno verbalizado en la ficción epistolar que cierra el texto.

TRAMAS DISCURSIVAS DE LA “MATRIZ COLONIAL” DEL PODER

Este recorrido de lectura –según anunciaba en los primeros momentos de la exposición– se orientó a descifrar, en el funcionamiento discursivo por el que se construye la historia de un texto novelesco, la “matriz patriarcal” constitutiva de la “matriz colonial”. El registro literario en el que se inscribe esta novela, hizo visible dicho estatuto dando lugar a las voces de la resistencia y de la rebeldía junto con el proceso lento pero efectivo de transformación del rol de las mujeres en el tiempo. En nuestra analítica no se trató sólo de verificar la apropiación por la escritura literaria –como práctica excluyente de la “ciudad letrada”– de la(s) voz(ces) del género, sino de la puesta ante los ojos del funcionamiento naturalizado del discurso hegemónico.

Por el funcionamiento de la inter(trans)discursividad se da presencia a un horizonte político en el que el rol femenino va progresivamente tomando conciencia de sí como sujeto de un hacer que, aún cumpliendo el mandato de la cultura construido por el discurso hegemónico, alcanza a diferenciarse del rol instituido, siempre dentro de los márgenes que impone el género que discurre entre el deber ser impuesto y el querer-ser liberador, entre el sometimiento y la búsqueda de su propio des-prendimiento.

Se trató acá de efectuar un ejercicio de lectura que colabore en el proceso de *desprendimiento de la colonialidad de géneros* en tanto subjetividad, que hiciera visible el control naturalizado de la sexualidad, de la ajenidad del propio cuerpo y el rol preestablecido por la cultura de Occidente para la mujer, como uno de los tantos que reclama el desprendimiento del patrón colonial. Junto con esta búsqueda de ruptura con los compromisos

¹⁴ En otra novela des-colonizadora del género, *Finisterre* de María Rosa Lojo, esta noción semiotizada de lo territorial queda plenamente definida: “Así convertí en libertad mi condena, y estuve en la tierra no ya como quien no puede irse, sino como quien la ha elegido. Me conformé con mi prisión o transformé la prisión en un camino, quién podría decirlo...” (2005: 130).

culturales preexistentes, se requiere otros que le son complementarios y que integran con él un complejo de interrelaciones: el que somete a la colonialidad *del poder económico y político* y, el que es central para nuestro espacio profesional, el de *la construcción del saber* tanto epistémico como filosófico y científico.

Este complejo de relaciones que compromete todos los niveles del funcionamiento social está siendo procesado desde perspectivas emergentes en los espacios no centrales, en las periferias de occidente pero –como sostengo en otro lugar (Palermo 2006)– a pesar de partir de la experiencia de la exclusión y la marginalidad (estudios subalternos, estudios culturales, de modernidad/colonialidad), siguen dejando fuera de consideración aquellas que se han naturalizado como propias de la diferencia de género. Así, la representación de la imagen femenina en y por la cultura queda subsumida a lo que la matriz patriarcal configuró históricamente para ella. Otro tanto acontece desde la configuración hegemónica de un feminismo que fusiona en una representación única, la múltiple alteridad –la radical heterogeneidad– de su propia diferencia (cf. Oyarzún, 1996), como una exigencia de lo real y no sólo como objeto de estudio.

Esa exigencia de “lo real” que acontece cotidianamente requiere también incorporar a las problematizaciones que acá nos ocupan, la interrelación entre género, clase y raza generalmente localizadas desde la perspectiva patriarcal eurocentrada en las mujeres burguesas y blancas. La subordinación a ellas de las no blancas no fue advertida por los estudios de género o por las luchas feministas y, por ende, la circulación sociodiscursiva no deja casi huellas en la escritura desde el género que subvierte el estatuto de esa forma de colonialidad (cf. Lugones 2008, Lavou-Zoungbo y Marty 2009, Palermo 2006, entre otros).

Tal alteridad exige ser reconocida como una presencia múltiple emergente en cada localización geopolítica con sus propias articulaciones históricas, vinculada internamente de manera discontinua y dando cuenta de su propia conflictividad. No se trata solamente de una heterogeneidad estructural sostenida en similitudes y en elementos coetáneos, sino de formaciones sociales en las que la transformación de las subjetividades no se produce de manera uniforme sino que, al proceder de múltiples factores de diferenciación, no responde tampoco a un ritmo continuo en el orden del “progreso” sino a múltiples y diferentes tipos de ruptura. Sin embargo y en contrario, el proceso de homogenización del imaginario en el orden del funcionamiento de la cultura se realizó por la negación generalizada de la participación activa de uno de los géneros –complejizado a su interior por la diferencia de clase y de raza– en las prácticas sociales, no dando lugar a una real democratización de las relaciones –sociales, políticas, interpersonales– sino produciendo su minusvaloración cuando no su exclusión.

La tesis que sostengo, por lo tanto, se orienta a señalar que el conocimiento del otro, su aceptación como otro y, por lo tanto, su validación en simetría, se encuentra directamente vinculado a una serie de dispositivos sociales que predeterminan sus características como un otro diferente al sujeto que conoce; ello sólo acontece si se da lugar a la puesta en acto de lo que denominaríamos el *conocimiento de sí* emergente de la heterogénea construcción de un sujeto social efectivamente múltiple y complejo. Ello significa que el “otro femenino”, para ser constituido como tal, requiere que se incorpore a la heteronomía producto de las diferencias internas e históricas de clases y de etnias, diferen-

cias señaladas por una multiplicidad de intereses, experiencias y necesidades, aun cuando muchas de ellas alcancen, en el plano teórico, cierta homogeneidad conceptual.

Poner bajo mirada crítica las construcciones que el poder de occidente en todas sus formas ha producido desde el nacimiento de la modernidad, según la cronología formulada por ella misma, conduce –y no puede ser de otro modo– a desmontar todas las formas de colonialidad aún vigentes en los márgenes de la cartografía intelectual y política. El análisis crítico que venimos proponiendo –y en esta oportunidad en el espacio específico de la crítica literaria– debería conducir a la producción de una forma de pensamiento abierto a la experiencia de quienes se han venido confrontando con la modernidad y todas sus formas de desigualdad, entre las que la de género se erige como uno de sus fundamentos.

Retomando el discurso novelesco y llevando su metaforización al plano político y ético, operar en dirección a la decolonialidad del género es apostar utópicamente a *la fuerza de la vida*, que siempre *es más fuerte*, [y] *gana*. Es también nuestra responsabilidad ética como lectores/as críticos/as, responder a la solicitud de Pierrette Malcuzynski, buscando

desdoblarse el mapa (me atrevería a decir casi topográfico) de ese complejo sociointerdiscursivo que llamamos texto, abrir un espacio distintivo de análisis textual que interpela una serie de relaciones concretas, materiales de producción, de orden trans-semiótico e interdisciplinario de facto, entre una práctica socioideológica definida y la práctica cultural. (2006: 25)

BIBLIOGRAFÍA:

- BAREI, Silvia y BORJA, Adriana (2006) “Territorios afines: sociocrítica y feminismo”. *Acta Poética* (UNAM). 27(1): 65-95.
- DALMASSO, María Teresa, (comp. 2001) *Figuras de Mujer. Género y Discurso Social*. Córdoba, UNC, CEA.
- DALMASSO, María Teresa y BORJA, Adriana (2004) *Discurso social y construcción de identidades: mujer y género*. Córdoba, UNC, CEA.
- LAVOU-ZOUNGBO, Victorien y MATY, Marlene (2009) *Imaginaire racial et porjections identitaires*. Perpignan, Presses Univ. de Perpignan.
- LISÉ, Gloria (2005) *Viene Clareando*. Buenos Aires, Ed. Leviatán.
- LUGONES, María (2008) “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa, Revista de Humanidades* (Univ. Colegio Mayor de Cundinamarca). 9: 73-102.
- MALCUZYNSKI, Pierrette (1996) “Bajtín, literatura comparada y sociocrítica feminista”. *Poligrafías. Revista de Literatura Comparada* (México). 1 (1): 26-43.
- (2006) “Yo no es un O/otro”. *Acta Poética* (UNAM). 27(1): 19-44.
- MIGNOLO, Walter (2003) “El desprendimiento: pensamiento crítico y giro descolonial”. En: Catherine Walsh, Álvaro García Linera y Walter Mignolo (eds.) *Interculturalidad*,

descolonización del estado y del conocimiento. Buenos Aires, Ediciones del Signo y Duke University: 9-20.

- OYARZÚN, Kemy (1996) "Literaturas heterogéneas y dialogismo genérico-sexual". En: José Antonio Mazzotti y Juan Cevallos Aguilar (coord.) *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Philadelphia, Asociación Internacional de Peruanistas: 81-100.
- PALERMO, Zulma (2005a) "De amor y de guerra en una historia de mujer". *Claves* (Salta). 141: 16-17.
- (2005b) *Desde la otra orilla. Pensamiento crítico y políticas culturales en América Latina*. Córdoba, Alción.
- (2006) "Inscripción de la crítica de género en procesos de descolonización". En: Zulma Palermo *Cuerpos(s) de Mujer. Representación simbólica y crítica cultural*. Córdoba, Ed. Ferreryra: 237-262.
- SCHNEIDER, Liane (2000) "A representação do femenino como política de resistencia". En: Michel Peterson (ed.) *As armas do texto. A literatura e a resistencia da literatura*. Porto Alegre, Editora Sagra Luzzatto: 119-139.
- ZAVALA, Iris (1993) "Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico". En: Myriam Díaz-Diocaretz e Iris Zavala (coord.) *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). I Teoría feminista: discursos y diferencia*. Madrid, Anthropos.